

## *Luna*

Recién llegado a casa tras una cansina jornada de visitas familiares, Eduardo se desprende de la camisa empapada en sudor y, sirviéndose un trago de tónica, se dispone a esperar frente al teléfono. Se acomoda primero en el sofá del salón en compañía del murmullo de la tele, letárgico a esa hora terminal de la tarde. Después cambia de posición y se arrellana en la mecedora de la abuela, donde ejecuta un mecánico balanceo por espacio de tres cuartos de hora. Finalmente, se tumba bocarriba en el colchón de su cuarto. Con las luces apagadas y los brazos enredados sobre la cabeza, comienza a girar obsesivamente. Aguarda angustiado el sonido del maléfico aparato.

Hace un calor de muerte. Se levanta y abre la puerta de la terraza. La noche ha caído ya sobre Madrid. Desde su privilegiada posición de piso decimotercero, recorre el horizonte sinuoso y quebrado de la ciudad, extraordinariamente diáfano para lo tarde que es. Percibe en la atmósfera cierta presencia intimidatoria. Eleva la mirada y descubre, flotando aérea sobre los contornos de los edificios, la orla luminosa y perfectamente redonda de una salvaje luna llena. A su amparo, hordas

de mosquitos sobrevuelan las azoteas. Sabe entonces a qué se debe su desasosiego. Sabe entonces también que la llamada ha de producirse tarde o temprano. Aquél es un signo y Eduardo se ve capaz de reconocerlo.

No en vano ha aprendido a hacerlo desde aquella primera noche, perdida en el marasmo de sus veinte años, en que acompañó a la tímida Laura hasta la base del campamento infantil del que era monitora y del que se había fugado clandestinamente por breves horas. Fue entonces cuando, bajo los hechizos del calor estival, de las fragancias aciculares de los pinos y, sobre todo, del astro femenino que fulgía como una pelota de estaño en el tapiz negro del cielo, la abrazó repetidamente, sintió el rubor de su corazón en contacto con sus pechos duros de criatura turbadora, la besó y, en una breve nota garrapateada con decisión, le declaró incondicionalmente su amor. A partir de ahí, Eduardo supo que, ya por siempre, el astro de la noche iba a marcar el devenir de aquella pasión recién iniciada.

A las tres de la madrugada, Laura aparca su *seat* destartalado en el descampado lindante a casa de sus padres. Antes ha probado suerte en el aparcamiento gratuito frente a la iglesia y en el bulevar de entrada al barrio, donde ha sido objeto de atrevidos piropos por parte de una pareja de borrachos un tanto simiescos al mando de un todoterreno. Laura saca del maletero las bolsas con los

aperitivos sobrantes y la vieja guitarra de las celebraciones parroquiales. Cierra con llave y suspira levemente.

La reunión ha estado genial. Risas, cervezas, palmas, música, copas, Marta y Cristina súper simpáticas, la gente del grupo de percusión improvisando batucadas, Juan Carlos desinhibido al piano, regalándola... Con un gesto de satisfacción despreocupación, se dirige cargada hacia el portal. Una sonrisa se dibuja en su rostro cuando a mitad de camino ha de detenerse para reequilibrar el peso en las manos. Se estira y mira hacia arriba. Sobre el cardado de su cabellera azabache resbalan los rayos hechiceros de una luna terrible. Laura resopla de nuevo, dejando traslucir un cierto aire de preocupación, de esquivada inapetencia.

Al entrar por la puerta de casa, deposita los bártulos en el recibidor, se quita las botas y se mete en el baño apresuradamente. Deja correr el grifo del agua fría sobre sus manos doloridas. Se refresca la cara, las sienes, se quita las lentillas y, apalancada sobre la taza del inodoro, decide por primera vez tras años de relación que no va a llamarlo.

A punto de hacerse de noche, Eduardo sale cargado de bolsas por las puertas del súper que se abren a su paso con diligencia militar. Muy a su pesar, ha parado allí de regreso de la oficina con la pretensión de llenar de congelados la desprovista despensa de su estudio. En el súper, se ha enfrentado primeramente a una caterva de chavales que, bien atiborrados de alcohol, parecían perros salvajes,

y luego a una cola infernal de individuos que aprovechaban las últimas horas de apertura para arrastrar su condición de desheredados.

Una sensación de desarreglo le aborda en el breve trayecto entre el híper y el estudio. Mira al frente y sólo advierte una extraña fosforescencia, como de luz halógena, que envuelve el edificio donde está su refugio. Diez plantas con diez soluciones habitacionales en cada una. En cada habitáculo, un número correlativo y un balcón de disposición modular. Conforme se acerca, la fosforescencia se va desplazando y creciendo en intensidad. Al pie del portal, descubre en la porción de cielo que la calle deja ver, una silueta nívea, enorme y circular. La silueta lo observa, lo arredra y lo incrusta en el suelo.

Sube a toda prisa en el ascensor en compañía del ejecutivo del tercero que lo mira con ojos de hurón. Abre la puerta del estudio con rabia, mete alocadamente las cosas en la nevera y se sienta a respirar. Enciende el portátil, lo apaga, después la tele, la radio, el aire acondicionado, el hilo musical; por último, el teléfono móvil. Se para un momento a pensar. Siente el frenético palpitar de su corazón que bombea adrenalina a su cerebro en cantidades intermitentes. Con el móvil quemándole en las manos, con la saliva reseca que se le acumula en la garganta, con el ardor de una separación regurgitada mes tras mes, año tras año, calibra muy bien la conveniencia de la idea y finalmente escribe el siguiente, desesperado sms:

"Luna"

Lo edita y lo envía a ese teléfono que ha borrado de su agenda hace años, pero que sigue intacto en su memoria, como un quiste del que sus neuronas no se pudieran deshacer. Se acomoda en la poltrona de ratán, adquirida a precio de saldo en la esquina, y comienza a retorcerse. Minutos de tensa mortificación y la pantalla del teléfono móvil se activa. Un despliegue de luz acompañado de una melodía politono le avisan. Eduardo salta sobre el aparato y devora la pantalla de *mensaje recibido*. Lo abre y lee:

*"Está preciosa. Espero q estés bien. Cuídate"*

Se hunde en la cama que ocupa el grueso de la solución habitacional y rompe a llorar. Un torrente de lágrimas le recorre todo el cuerpo hasta llegarle a los gélidos talones.

Laura sale tarde del despacho y se dirige en su nuevo *focus* a una cafetería céntrica donde ya la aguardan Miguel y Anne, la francesita. Seguirán trabajando en su proyecto de subvención para la asistencia concertada de niños con deficiencias psicomotrices. Anne carga con la parte pedagógica, Laura y Miguel con la administrativa. Previamente ha debido esquivar la hilera de vehículos de alta clase que surgía en estampida del garaje de su empresa. Tras los parabrisas tintados, ha contemplado sucesivamente las facciones procaces de los más variopintos

ejecutivos, entre las que distingue la de alguno de sus jefes. Todo un desfile acompasado de saurios. Al llegar, Laura pide una quesadilla y una cerveza.

- Creo que deberíamos reforzar las motivaciones sociales, la inserción en el entorno – sugiere nada más darle el primer bocado a la masa caliente.

- Estoy de acuerdo – asiente Miguel -. Por cierto, ya me he hecho con un estudio de viabilidad para cada distrito.

- ¡Genial! Yo con unos presupuestos de partida para materiales.

- Eso está muy bien. Pero no debemos olvidar el currículo aplicado. Es esencial, lo sabéis ¿verdad? – recuerda Anne.

- Pienso que *carencias de carácter* debe ir al apartado 2. Ahí sí que cuadra y no en el 3 – apuntala Miguel -. Oye Laura, ¿te gustó el CD que te dejé? Es cojonudo ¿a que sí?

- Me ha encantado, luego si quieres te cuento...

- *Carencias de carácter* está bien en el apartado 3. ¿Por qué queréis cambiarlo? – incide Anne con nula perspicacia.

Anne se marcha a las once y cuarto, Laura y Miguel se quedan. Miguel se quita la careta. Se desabrocha el cuello de la camisa, saca a relucir sus pectorales de pupilo de gimnasio, se muestra crecido. Laura no para de sonreír. Le gusta su masculinidad colorida y llana, sus ademanes atenuados de esclavo de subasta. También el tono sin complicaciones de su voz. Laura accede a ir a su apartamento a por más CD. Ya vive independiente, no tiene que dar explicaciones. Miguel paga la cuenta y le cede el paso a la salida. Aprovecha para rozarle las caderas y el

cuello. Laura se siente festejada, se deja querer. En el trayecto en el *focus* hasta el apartamento, mientras recibe agasajos y eventuales palmaditas en el muslo, Laura descubre el reflejo opalino e intimidatorio de una nueva luna llena en su retrovisor. Decide entonces apagar el móvil, por si acaso.

Sobre la bahía de Hong-Kong, moteada de falúas, yates de recreo y cruceros ofertando a todo bombo las bondades de sus casinos, planean las luces de posición de los *jumbos* que guardan cola para aterrizar en el vientre de la gran colonia. Tras haber despachado toda la tarde con el cónsul y haber atendido a varios clientes con aspecto de lombriz, Eduardo se apresta a cenar en un restaurante a pie de calle, el único por la zona que dispone de menú en inglés. A las nueve y media ha quedado en enviar un pdf con los planos y las normativas a la central. A su alrededor, un hervidero de gentes, como termitas carnívoras, puebla las calles. Riñen por un pedazo de comida en los puestecillos ambulantes. Al igual que sucede con los insectos, Eduardo cree percibir una estricta organización jerárquica: termitas obreras que comen de pie con sus hatos a cuestas; termitas guerreras que lo hacen en grupos, vigilantes de que las eventuales disputas no trascienda a las autoridades; termitas funcionariales que succionan preparados de pasta en boles de loza.

Eduardo se siente vivo y pesado a la vez. Su cuerpo ha engordado con los años, a la par que sus negocios. Su mirada ha adquirido la distante frialdad del

águila, ave suprema entre las rapaces. Al igual que ella, Eduardo sobrevuela oficinas, carreteras, aeropuertos y ciudades y, con la misma precisión mortal de caída, se cierne sobre las presas que le interesan. Ha ganado en corpulencia y también en capacidad de distanciamiento. De los sufrimientos pasados conserva únicamente cierto deje en la comisura de los párpados que accidentalmente lo traiciona en forma de tic. A veces se cree un cóndor que sólo muy ocasionalmente posa sus patas en territorio humano.

Su reloj marca las nueve y veinte. Se apresura a finiquitar el wok de bambú, pato y verduritas y escruta por las cercanías la presencia de algún cibercafé. No le resulta complicado. Entre el laberinto de neones multicolor, la ciudad ofrece infinidad de locales. Accede a uno de ellos no sin antes cerciorarse. Las calles estrechas, los rascacielos desconchados propician una orgía de equívocos. En el ascensor de subida a la planta veinte, nota una ligera molestia estomacal. Abandona la cabina y se cuelga en el establecimiento. Un puñado de *hong-kong dólares* y obtiene un ordenador con vistas al exterior. Escaparate de un gigantesco acuario, la bahía se perfila llena de luces y animación. En ella vislumbra, como en un espejo rajado por puñales de color, la estela tintineante de la poderosa efigie lunar.

Eduardo olvida el pdf con los planos y las normativas. Con una premura que hace años que no sufre, hurga en el cementerio de su memoria y rescata de entre las lápidas una dirección de correo ya por completo erosionada, una dirección que, después de tanto tiempo, duda si seguirá activa. Y a esa dirección

rehabilitada envía un mensaje sin sentido ni asunto, un correo consistente en una sola palabra, cuatro letras desnudas a la deriva en el océano de servidores: "*luna*".

Laura está nerviosa. Se atusa el pelo y tamborilea con la yema de los dedos en el flamante salpicadero de su *audi*. Ha salido con el tiempo justo del trabajo y ha dicho en casa que tenía que hacer unas compras. Una marabunta de conductores copa las calles del centro. Con la prestancia que le otorgan sus dos décadas al volante, gobierna el deportivo y lo encarrila sabiamente hacia la Gran Vía. A las ocho y media pasadas llega al sitio convenido y franquea las puertas del garaje subterráneo con una contraseña. Estaciona el *audi* en la plaza 84 del tercer sótano que inmediatamente reconoce por el letrero "*Reservado particulares*". Sube en el ascensor hasta la planta séptima, para lo cual le es requerida una segunda clave que ella ya ha aprendido. En la planta séptima busca el apartamento 79 y abre la puerta con la llave que guarda desde hace poco en una costura interna del bolso. Al entrar es recibida por la atmósfera a nogal, cuero limpio y ginebra que ya le resulta familiar. De espaldas al gran ventanal desde el que se divisa el trazado de la calle, apoyado en un diván, con su camisa de lino sin la opresión ya de los dorados gemelos, la espera el socio mayoritario de un bufete renombrado.

Laura procura relajarse. Se libera de los zapatos de tacón y de las vestiduras gravosas. En un arcón bien cerrado aparca sus obligaciones maternas, su matrimonio fallido tras quince años con Miguel, con el que todavía convive, y las

reprobaciones de que es víctima su conciencia. La espuma del jacuzzi facilita la labor descamatoria. Eximida de todo, con una determinación de cesión que la asusta a esa edad en que la vida desfila ante ella deshilachada, se entrega a los caprichos de un hombre curtido y bien posicionado.

Sobre el diván de cuero acolchado, el socio mayoritario se transforma en una especie de jabalí que se abalanza sobre ella con pezuñas unguiladas y colmillos hambrientos. El jabalí la magrea, la ensucia, la ata con correas, la monta por detrás, la veja. Laura se abandona y siente la aspereza de sus cerdas en contacto con su piel aún sedosa. Mientras es poseída con fiereza de bestia encelada, advierte la aparición de una claridad que se cuele por los visillos del gran ventanal. Los rayos argénteos del satélite descienden suavemente por las celosías y serpean sobre sus miembros desnudos.

A punto de caer el sol sobre el horizonte despejado de las islas, Eduardo aterriza a lomos de su jet privado en el pequeño aeródromo de su retiro en el trópico. Mariela lo espera a pie de pista con su sonrisa franca, su olor a guayaba y el porte de sus amplias caderas de hembra mestiza y enamorada. Eduardo desciende la escalinata de la nave con pesadez. Su cuerpo ha crecido hasta límites insospechados. A la edad de cincuenta y ocho años, le pide descanso. Ha vendido la mayoría de participaciones en sus negocios repartidos por medio mundo a una sociedad de inversión internacional. Con el ánimo cansado pero aún joven, decide

disfrutar de una vida sin tribulaciones al lado de esa mujer. Al pisar tierra firme la acaricia, le besa los sabrosos mofletes y la estrecha contra su cuerpo descomunal y viajado, todo él sumergido en sudor. Ella le ayuda a tomar las maletas y le conduce con cariño a la terminal de autobuses. El dinero les rebosa en los bolsillos pero prefieren el encanto de ese medio de transporte popular.

El autobús arranca con media hora de retraso y recorre las pistas de asfalto entre cañaverales, baches y cocos. Bandadas de tucanes saludan su paso con alborozo. En su interior, el pasaje saca bongos y flautas de entre los equipajes y las jaulas con monos, y monta gran bulla a costa de la paciencia del conductor. La expedición toma la ruta de la costa y bordea los morros selváticos por una carretera zigzagueante con vistas al mar. Suavemente acoplado a la ventanilla de su asiento, soportando los tumbos del autobús que zascandilea sobre los cantiles, Eduardo contempla, muy sereno, la reverberación de plata sobre las aguas del mar de una hermosísima luna llena. A su lado, Mariela lo abraza, se recuesta en su pecho y mancha su camisa con un beso de calor verdadero.

En la planta segunda de asistidos de la residencia pública municipal, Laura se extingue prematuramente. Su cuerpo de ninfa ajada sucumbe víctima de una enfermedad degenerativa que la atacó aún muy joven. Su memoria hizo aguas un día y dijo que ya no quería seguir entendiendo. La cabeza se le vino abajo y dejaron de interesarle los proyectos sociales, los móviles, los peces gordos de

empresa y las berlinas de gran cilindrada. Sus miembros languidecen ahora sin responder a la llamada de la vida. Sólo sus ojos permiten acercarse a ella y ser correspondido muy ocasionalmente por un guiño. A su lado, la acompañan sus hijos y su ex marido, personajes a los que sólo reconoce como gorriones y extrañamente también como mariposas. A la caída de la tarde, tras haberle sido administrados los últimos misterios por segunda vez en una semana, Laura se desvanece y exhala un postrer aliento. El entierro se celebra al día siguiente en la intimidad recoleta de la Sacramental, entre cipreses y ramos de invernadero.

Semanas más tarde se recibe en la administración de la Sacramental un paquete certificado con sello oficial de correos, acompañado de telegrama del mismo tenor, ambos con remitente desconocido al otro lado del océano. El administrador abre el telegrama y lo lee con voz incrédula:

*"Por favor, sírvanse depositar contenido de paquete en sepultura privilegiada PR-51,9 lunes 31, a partir de 21:00 horas".*

Ese mismo lunes, el operario de guarda de la Sacramental se decide a cumplir el encargo más estrambótico que jamás haya recibido en sus dieciocho años de servicio. A las veintiuna horas locales, y siguiendo las parcas instrucciones del telegrama, toma consigo el paquete que aún conserva efluvios tropicales, se acerca a la sepultura privilegiada 519 y deposita sobre la lápida de granito recién habitada una enorme orquídea blanca. Su tallo aún pervive embadurnado en gel esponjoso. Sobre los cielos de Madrid, una luna imponente, como ostia santificada, es testigo de la acción consagratória.